

HUELLAS EN EL SILENCIO

Legado épico de un genial explorador de la mente humana: Ángel Rivière¹

Javier Tamarit. Equipo CEPRI. Madrid.

Febrero 2001. *Revista Siglo Cero. Especial sobre Ángel Rivière.*

Toda aventura humana cuenta con pioneros. Gentes que son capaces de revelar caminos ocultos para el avance del conocimiento, para el logro de metas anheladas, de retos dramáticos en ocasiones. Gentes que se han adentrado en las selvas y en las montañas más huidizas del planeta, o que han rastreado los mundos vivos infinitesimales en busca del remedio para los males del cuerpo humano. Ángel Rivière ha sentido y amado los mundos mentales y eso le llevó a explorar el paisaje sensible y helador de las mentes de aquellos niños y niñas a los que el autismo cubría con sus “blancos copos de silencio”, bellísima metáfora que él creó y que nos dibuja su hermosa aventura humana en busca de sendas que acerquen la felicidad a estos niños, aún cuando lamentara profundamente y le doliera saber que hoy por hoy “hasta en los casos de mejor evolución, el autismo traza una larga sombra inevitable en el desarrollo humano”.

Quienes de su mano nos hemos adentrado en estas sendas hemos tenido la fortuna de contar con sus huellas, trazadas sabiamente en el manto de silencio. Esas huellas en el silencio son muchísimas más que las que a continuación se van a señalar, y probablemente las que se describen no correspondan siquiera con las que otros considerarán más relevantes, pero para mí han sido las trazadoras -mojones de seguridad- de mi propia aventura al adentrarme en las vidas de quienes presentan autismo y sus familias.

Huella primera: los niños y niñas con autismo pueden educarse.

Hacía calor. Debía ser la agradable primavera del mayo madrileño. Allí, en una de las dependencias de lo que era el SEREM (el IMSERSO actual) esperábamos Juan Pedro García-Cernuda y yo para tratar sobre asuntos de organización de un curso que nos habían encomendado sobre Modificación de Conducta en Educación Especial. La cita anterior salía en ese momento. Eran Ángel Rivière y, si la memoria no me falla, Mercedes Belinchón; acababan de tratar sobre la organización de un curso de autismo y durante un rato intercambiamos información y comentarios. Este fue mi primer encuentro con Ángel; eran finales de los setenta. En 1977 yo acabé mis estudios de Psicología en la Autónoma, siendo Ángel ya profesor, pero para mi pesar no en mis cursos.

Hoy, casi un cuarto de siglo después, nos puede parecer inconcebible por obvia esta primera huella, pero antes no era fácil verlo así. Y ese fue en mi opinión el primer gran acierto de Ángel en la búsqueda de su camino en el silencio. En el curso del SEREM

¹ En este artículo he decidido no emplear el uso normalizado de citas bibliográficas. No soy capaz de entender mi escrito como un acto científico sino como un acto de admiración y de cariño sincero a quien tanto nos iluminó. Vaya pues de modo implícito que las referencias de este artículo son todas las que firmó Ángel Rivière. Todos los entrecorchetados del texto son obra suya.

estaba el germen de una profunda dedicación a transmitir que los niños y niñas con autismo no estaban condenados a una vida de mera asistencia, no iban a ser seres de contemplación pasiva por los demás, impotentes ante su condición. Podían aprender. En nuestras manos estaba pues la posibilidad de enseñarles.

En aquella época solo aquellos niños con retraso mental cuyo funcionamiento intelectual estaba situado en el rango de leve o ligero tenían acceso a los Centros de Educación Especial. Los otros, los llamados severos y profundos, y muchos con la etiqueta de moderados, pasaban sus días en sus casas, o en salas amplias donde apenas tenía cabida la palabra educación. No eran educables ni entrenables, se afirmaba. Pienso que en esa época la modificación de conducta nos hizo cómplices en la distancia a Ángel y a mí. Allá donde hablábamos de que los comportamientos que presentaban algunos niños podían modificarse, y de que existían procedimientos para que aprendieran no solo a aminorar determinadas conductas inadecuadas sino también a aumentar las positivas o crear otras inexistentes, se encendían fuertes debates generalmente enfrentando orientaciones psicoanalíticas con las que nosotros manteníamos.

Los niños con autismo empezaban a tener sus propias escuelas y la mirada de Ángel se había centrado en los estudios que demostraban que las técnicas de modificación de conducta servían para que aprendieran. Hoy pienso que en esta primera encrucijada, al principio de la aventura exploradora de Ángel, se produjo una elección esencial. En la otra alternativa del camino la opinión entonces era que los niños con autismo lo que necesitaban era una atención terapéutica que les permitiera salir de su mundo de aislamiento y que les llevara a relacionarse con los demás. La tarea no era tanto que tuvieran que desarrollarse como personas a través de la educación, sino que esencialmente primero tenían que curarse de los desastres afectivos a los que diversas circunstancias les habrían sometido. La corriente conductual, que estaba también en auge en los países donde la atención a las personas con autismo estaba más desarrollada (por ejemplo, Estados Unidos o el Reino Unido) y era también la predominante en las revistas científicas sobre el tema, evidentemente mirada desde el presente se nos antoja insuficiente y superficial en cuanto a dar una explicación del autismo, pero en cuanto a disponer de herramientas poderosas para el progreso del aprendizaje era una esperanzadora opción.

Ángel ejerció una primera influencia, crucial, en apuntalar en las prácticas de los profesionales que perseguíamos la educación de niños con autismo las propuestas conductuales, aún cuando hubo otros grupos de profesionales que tomaron el otro camino. En los primeros encuentros de profesionales del autismo y de las llamadas entonces psicosis infantiles se producían fortísimos debates y desencuentros, teñidos de emoción e incluso de impulsividad, entre los partidarios de una y otra corriente. Pero la idea central estaba sembrada: el aprendizaje era posible, estaba trazado así el objetivo de enseñar y, por lo tanto, urgían estructuras organizativas que aseguraran esta misión y que potenciaran mediante profesionales formados los recursos personales necesarios para llevarla a cabo. Además abría una fuente de esperanza en las familias, a veces muy culpabilizadas, y se perfilaba así ya un segundo paso esencial en esta aventura.

Huella segunda: las familias de personas con autismo necesitan ayuda

No lo tenían nada fácil las familias de los niños con autismo hace treinta años. Bueno, la verdad es que la mayoría de ellas ni siquiera aún sabía que lo que ocurría a su hijo tenía un nombre y era un reto para numerosos profesionales en todo el mundo. El autismo en España inicia su andadura en los años setenta, incluso en los sesenta, de la mano del otro Ángel del autismo, el neuropsiquiatra Ángel Díez-Cuervo, quien genera el primer centro para niños con autismo (TAURE) y genera la creación en 1976 de la Asociación de Padres de Niños Autistas (APNA). Ángel Rivière se incorpora muy poco tiempo después como asesor de la Asociación.

Las familias empezaron el largo caminar entre los vericuetos de la administración pública y entre las intrincadas rendijas de las actitudes de la sociedad para hacerse un hueco, para hacer visible la necesidad de ayuda que les acuciaba, para mostrar al resto de las personas que sus hijos podían aprender y que ellos, sus padres, estaban dispuestos a todo para conseguir que lo hicieran.

En aquella época todavía estaban muy presentes en nuestro entorno los ecos de voces profesionales que culpabilizaban a las madres, considerándolas causantes de la tragedia de soledad de sus hijos con autismo. Esas voces habían surgido poco tiempo después de la descripción del síndrome por Leo Kanner y éste mismo tuvo algo que ver con ello al dejar en la sombra su propuesta inicial acerca del carácter innato de las perturbaciones del contacto afectivo en el autismo. Así, una madre oía las lamentables sugerencias de que lo que ocurría a su hijo estaba originado por su incompetencia para hacer prender en él el afecto, lo que le había abocado a las sombras de la soledad y el ensimismamiento. Además, para recuperarle de ese entorno umbrío eran otros, y no la madre, quienes deberían encabezar la acción.

Ángel Rivière lanzó a los cuatro vientos y sin atisbo de duda la proclama esperanzadora y balsámica de que las familias no eran las causantes con sus actos y sus sentimientos de la condición que atenazaba las vidas de sus hijos con autismo. El autismo es una alteración de etiología biológica, hoy pensamos que en una gran proporción genética.

Pero esta segunda huella tuvo un mayor alcance. No solo los padres no eran culpables sino que esencialmente podían ser, debían ser, actores esenciales en el desarrollo y la educación de sus hijos. Había que enseñarles los métodos efectivos para que los aplicaran en su entorno, en el día a día. Había que ofrecerles explicaciones veraces y serenas de lo que en cada momento se conocía sobre el autismo. Había que ayudarles a descartar la paja del grano, a que tuvieran la necesaria información para que fueran conscientes del riesgo de hacer caso a las voces aprovechadas que, cada poco tiempo, lanzaban las campanas con sonos de curaciones milagrosas. Ángel siempre supuso un colchón de seguridad para las familias, y para los profesionales de buena fe, quienes esperaban sus palabras y sus opiniones para alumbrar el duro camino que recorre la esperanza de la mano de la realidad. Su vasto conocimiento de la psicología y del estado de la ciencia acerca del autismo, junto con su juicio experto y su sensatez humana, eran el garante absoluto para seguir la senda

adecuada. Así los padres avanzaban y recuperaban el orgullo, y se hacían fuertes en su caminar.

El modo en que hoy los profesionales del autismo consideramos a las familias, la cercanía humana a sus dificultades, la comprensión más allá de la profesión, son ecos de esta segunda huella en este insidioso manto de silencio. Observar a Ángel hablando con una familia tras una de sus geniales charlas era una lección de sabiduría humana difícilmente olvidable. Los gestos, la sonrisa, el tono amable y certero envolvían en una atmósfera de seducción inconfundible. Los profesionales dedicados al autismo no deberíamos olvidar nunca esta lección.

Huella tercera: los profesionales deben saber comprender el autismo

Los Congresos de AETAPI, la Asociación Española de los Profesionales del Autismo, se vienen celebrando cada dos años aproximadamente. El último se celebró en Vigo el pasado noviembre y Ángel Rivière iba, como en tantos otros antes, a ofrecer sus ideas, sus últimos conocimientos y hallazgos, iba, seguro, a seducir de nuevo a todo el auditorio y a alumbrar nuevos caminos por los que seguir nuestra andadura. Pero ya no pudo ser, esta vez no pudo estar; su muerte nos dejó huérfanos unos meses antes. Ángel ejerció un liderazgo profesional esencial en el autismo y supuso un enorme apoyo a la tarea del resto de profesionales. En cada encuentro, en cada Congreso, en cada Conferencia, sus palabras no solo alimentaban nuevos sueños de progreso profesional sino que constituían una auténtica organización de los conocimientos previos, nuevas lecturas, más complejas y relevantes, nuevos retos en definitiva.

Como solo él era capaz de hacerlo, nos arrullaba con detalles y poco a poco iba tejiendo con ellos propuestas seductoras desbrozando paso a paso zonas esenciales para la explicación del trastorno. Su increíble capacidad de procesar la ingente información disponible sobre el trastorno, su más increíble aún competencia para vincular unos datos con otros y encontrar conocimiento nuevo de pinceladas críticas de información provenientes de la Psicología del desarrollo, de las corrientes cognitivas, de la filosofía, de la ciencia, de la vida misma, eran como un maná cuando las ideas que había creado se expresaban en sus palabras o en sus textos. Han sido realmente el alimento teórico para la tarea práctica relevante.

Con ocasión de la entrevista que le realicé en 1986 para el Boletín número 0 de AETAPI y en respuesta a mi pregunta sobre lo más importante a conseguir a partir de ese momento en el campo del autismo, él contestó: “lo más importante sería entender el problema”. Y a eso ha dedicado todo su esfuerzo intelectual; a entender el autismo y a hacerlo entender al resto. Pues si comprendemos qué es lo que ocurre en el autismo estaremos más cercanos a saber cómo prestar el apoyo correcto a las personas que lo presentan. Y vaya si Ángel ha ayudado a los profesionales de nuestro entorno a comprender mejor el autismo. Desde el principio de los ochenta entra en una frenética carrera de pensamiento en el que junto con sus estudios sobre lenguaje en autismo, en unión de Mercedes Belinchón, empieza a difundir estudios sobre el desarrollo normal temprano que le van conformando todo un

cuerpo teórico y reflexivo que culminará más adelante con sus aportaciones sobre teoría de la mente en autismo. Estas son las siguientes huellas.

Huella cuarta: la clave está en el desarrollo normal

En esos primeros años de la década de los ochenta un grupo numeroso de profesionales nos reuníamos a la vera de Ángel durante noches interminables para debatir y para construir una prueba de evaluación del desarrollo, el TEDEPE, cuyos ítems se disponían de modo que pudiera evaluarse no solo el desarrollo actual del niño pequeño, con o sin autismo, sino asimismo su desarrollo potencial, de tal manera que ofreciera la zona de desarrollo próximo, lo que daría pautas precisas para la programación educativa individualizada. Esta obra eternamente inacabada que ha sido el TEDEPE (Test del Desarrollo Especial y Preescolar) generó un conjunto importantísimo de reflexiones y de estudios posteriores de Ángel sobre la importancia del desarrollo normal para explicar y entender el desarrollo del niño con autismo.

Estábamos en Castellón, paseando por sus calles en la última noche del Congreso de AETAPI, el II Congreso. Al día siguiente era la clausura, a cargo de Ángel. Esa noche, le acompañábamos un grupo numeroso de personas, y dos en concreto le secundaban: Encarnación Sarriá y Amalia Pfeiffer. Entre los tres apuraban detalles supuestamente aún incompletos de la exposición del día siguiente. Ángel andaba preocupado con poder transmitir todo lo que tenía ya en mente. Y no era para menos, pues acumulaba una ingente información sobre el desarrollo normal de los bebés y su relevancia en el caso del autismo. El autismo se convertía así en el camino para “entender muchas cosas de los niños normales y con una profundidad que de no haber visto niños autistas no hubiera podido llegar a hacer jamás, en parte porque la presencia de funciones se pone de manifiesto cuando se observa la carencia de esas funciones. En nuestra vida diaria son tan pregnantas funciones muy, muy básicas y muy fundamentales que cuando vemos que no están es cuando notamos su magnitud y la importancia que tienen”.

Al día siguiente su conferencia fue de lo más magistral que recuerdo. Allí nos explicó la relevancia de los actos protodeclarativos en el desarrollo social y comunicativo del bebé normal y cómo en el autismo no se dan. Allí aprendimos cómo el bebé viene preparado para la relación con programas muy finos de sintonización y armonización con sus congéneres, y cómo en el autismo podía sospecharse una grave alteración de esos programas.

Esta conferencia se convirtió en un genial artículo publicado en 1983 en la Revista Infancia y Aprendizaje y titulado “Interacción y símbolo en autistas”. Para mi visión del autismo y para mi trabajo como educador de niños con autismo este escrito supuso una revelación y una fuente permanente de ideas para traducir en la práctica todo lo allí incluido. Especialmente fue esencial en mi consideración un año después de los sistemas alternativos de comunicación y de la magnitud encerrada en el programa de Comunicación Total de Schaeffer como herramienta clave para la construcción de esquemas interpersonales significativos mediante los signos. Ángel también participaba en el Comité Nacional de

Comunicación No Vocal, auspiciado por FUNDESCO (Fundación auspiciada por Telefónica para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones) en Madrid para impulsar las tecnologías de la información y de la comunicación entre las personas con discapacidad sin lenguaje oral. El conocimiento de la importancia de los procesos tempranos de la interacción social en la competencia comunicativa alejó de nosotros el interés por el utillaje técnico y lo centró en el utillaje psicológico: la importancia de un sistema alternativo de comunicación había de residir en que permitiera comunicarse de modo funcional, espontáneo y generalizable.

Castellón supuso un cambio de paradigma; a partir de ahí Ángel nos había dado unas nuevas gafas con las que mirar el autismo. A partir de ahí empezábamos a ver cosas que antes pasaban como fantasmas invisibles ante nuestra mirada. Las lecturas del desarrollo social normal se constituyeron en una tarea obligada y suponían una permanente fuente de reflexión y de debate en las reuniones de equipo, tratando siempre de imaginar cómo ayudar a los niños con trastornos generalizados del desarrollo a conseguir los hitos sociales y comunicativos que los otros niños tienen sin esfuerzo. La tarea de los profesionales de la práctica ya no era meramente enseñar comportamientos y habilidades académicas. Nuestra tarea encontraba un sentido más amplio y de mayor envergadura, un sentido a la vez más cercano a las necesidades reales de los niños y niñas con autismo: nuestros objetivos se expandían y acogían las habilidades sociales y comunicativas como el asunto más importante de nuestras programaciones individuales. Sabemos a partir de ahora que el desarrollo global que buscamos con la educación se origina a través del fomento de la interacción social y la comunicación.

Huella quinta: el autismo es un trastorno de límites difusos

Esta vez era Madrid, en el III Congreso de AETAPI, y corría el año 1985. Por primera vez, al menos para mí, se mostraban las características del síndrome de Rett como síndrome propio diferente del autismo, donde hasta entonces se había acomodado. El cuadro del autismo empezaba a perfilarse como un conjunto heterogéneo pero familiar de trastornos del desarrollo. Los hallazgos de Lorna Wing y su equipo a finales de los setenta por los que se detectaba la existencia de niños y niñas que sin cumplir los criterios de autismo sí presentaban alteraciones severas en la tríada de la socialización, la comunicación y la imaginación y simbolización, habían abierto el campo del autismo a lo que esta misma autora caracterizó como el continuum del autismo, el espectro autista. Empezábamos a entender las a veces grandes diferencias entre unos niños y otros. Y Ángel ayudó, una vez más, a conceptualizar estos temas. Hablaba de que las categorías naturales se caracterizan entre otras cosas por tener límites que no son claros, que no son nítidos, que perfilan una franja de borrosidad, una zona en donde no existe evidencia absoluta de pertenencia o no pertenencia a dicha categoría. Y hablaba que el autismo podría entenderse mejor como una categoría natural de límites difusos, que como una categoría científica de límites exactos. Así, podía hablarse de que habría personas más prototípicamente pertenecientes a la categoría de autismo y otras más lejanas del prototipo. Si tomamos como prototipo el autismo tipo Kanner, nos encontraríamos con una banda de posibilidades que abarcaría

desde quien cumple al cien por cien los criterios prototípicos hasta quien se sume en la franja borrosa de la propia normalidad.

Esto tenía efectos importantes en la intervención. Entre otras cosas afianzaba la necesidad de la valoración individual de los apoyos educativos y permitía respuestas más ajustadas a cada niño. Así, por ejemplo, se fomentaba la inclusión en escuelas de integración de niños con autismo con alto nivel de funcionamiento.

Precisamente uno de los efectos de esta propuesta de acercamiento a la heterogeneidad del trastorno del autismo fue la consideración de la falta de respuesta específica que se estaba dando en general desde las asociaciones en esos casos de alto nivel, e incluso la falta de diagnóstico que la mayoría de estos niños tenía. Ángel siempre demostró una especial sensibilidad hacia estos casos y procuró desde siempre el posibilitarles programas de apoyos basados en la familia y en el entorno.

De hecho, años más tarde, con el reconocimiento paso a paso del síndrome de Asperger (síndrome para algunos aún con escasas diferencias con respecto al autismo de alto nivel de funcionamiento) Ángel se convirtió otra vez más en activo detonante para la unión de las familias de estas personas de cara a promover recursos y servicios diferenciados para quienes tienen este síndrome. En su propia casa reunió a familias de personas con síndrome de Asperger que él había diagnosticado o detectado y propuso la creación de un servicio de apoyo a estos jóvenes aprovechando el interés de sus alumnos de Psicología por el tema. Desde hace aproximadamente dos años estudiantes de Psicología se hacen amigos de jóvenes con síndrome de Asperger y les proporcionan apoyo para percibir el mundo de las relaciones interpersonales, para adentrarse en las reglas sociales, para disfrutar de la interacción, para divertirse juntos. Este hermoso programa ha quedado huérfano también con la muerte de Ángel. Pero la huella queda trazada.

Huella sexta: autismo y teoría de la mente

Fue en un café cercano a la sede de APNA a mediados de los ochenta. Ángel, en presencia de José Luis Castellanos, me comentaba emocionado e ilusionado un experimento surgido de los estudios con primates no humanos y que iba a suponer una revolución en el campo del autismo. Con su genial agudeza intelectual había captado la importancia del estudio que en 1985 hicieran Simon Baron-Cohen, Alan Leslie y Utah Frith titulado “¿Tienen los autistas teoría de la mente?”. Yo no creo que esa tarde entendiera el concepto de teoría de la mente pero capté con absoluta seguridad que me encontraba ante algo que iba a revolucionar el estudio del autismo. Si Ángel tenía esa ilusión y ese fervor no podía ser algo neutro, necesariamente debía ser algo especial. Y así fue.

En 1986, en el Congreso de AETAPI que se celebró en Valladolid y que él clausuró habló de teoría de la mente, y del estudio que habían desarrollado José Luis y él en el que se demostraba que los niños con autismo que respondían correctamente ante la tarea de falsa creencia de Sally y Anne (en ausencia de Sally, Anne saca la canica que aquella había guardado en su cesta y la esconde en una caja azul; tras ello vuelve Sally y se pregunta al

niño: “¿Dónde cree Sally que está la canica?”) lo hacían utilizando una ruta cognitiva diferente de la utilizada por los niños normales. Los niños y niñas con autismo que resolvían la tarea utilizaban una herramienta lógica (propia del pensamiento operatorio), más lenta y costosa que la normal. Esa herramienta no era muy eficaz en contextos naturales, donde la rapidez de las transacciones mentalistas hace que la lentitud de la herramienta lógica no sirva. Pero ese estudio abría las puertas a la intervención para la mejora de la teoría de la mente en las personas con autismo de alto nivel de funcionamiento.

Tras su disertación en el Auditorio central del Congreso de Valladolid se produjo en el turno de preguntas un silencio sepulcral que no era en modo alguno falta de interés. Era, estoy convencido, la admiración de la genialidad de Ángel unida a la percepción de estar ante un momento histórico que aún no comprendíamos del todo y que teníamos que madurar. De nuevo creó una huella profunda y esencial en la comprensión del autismo y, lo que es más importante, en la comprensión de las vidas de las personas con autismo.

A partir de ahí, Ángel comienza un gran proyecto personal de investigación y estudio, durante gran parte de la década de los noventa, que se va concretando en múltiples escritos, en cursos de postgrado, en seminarios, en tesis doctorales, en investigaciones con el grupo de la Universidad Autónoma de Madrid... Estas investigaciones están ya generalmente vinculadas al desarrollo normal, pero nunca se olvidaban sus repercusiones en el autismo.

Huella séptima: la detección precoz y la atención temprana son vitales

Escasos días antes de su fallecimiento se celebró en Madrid un encuentro promovido por APNA sobre el niño pequeño con autismo. Ángel dio la conferencia inaugural y se ausentó debido a su precaria salud. Pero en la sala, junto con la lógica preocupación, volvió a dejar una huella clara para la aventura que es la comprensión y el tratamiento del autismo. Tenemos datos e indicadores precisos para la detección temprana del autismo. Al año y medio de vida (e incluso antes) podemos revelar la sospecha de autismo en un niño; y, si se confirma, contamos con procedimientos, centrados en lo social y lo comunicativo, para ayudar a ese niño a progresar en su desarrollo.

Ángel supo de nuevo ser sensible a lo esencial. El libro “El niño pequeño con autismo”, compilado en colaboración con su compañero de APNA Juan Martos, es su último legado en el tiempo y, de nuevo, es la expresión de la profunda preocupación de Ángel no solo por el autismo como objeto de investigación psicológica sino por el autismo como condición que afecta a las vidas de algunas personas. Así se expresa en el prólogo: “Creemos que muchas familias de niños pequeños podrán beneficiarse de las informaciones contenidas en estos artículos, y también muchos profesionales, que se encuentran por vez primera ante la situación desconcertante de tener que ayudar con eficacia a ese niño que parece que “se está yendo” hacia un mundo en silencio, y a esa familia que vive, tantas veces con sentimientos de impotencia, la dura experiencia inicial del autismo”.

A los profesionales nos deja el enorme reto de estar alerta en la detección precoz del trastorno y de investigar y aprender métodos para ayudar a los niños y niñas a quienes se detecte el autismo.

Huella octava: la intervención es cosa de dos

Ángel se refirió al tratamiento como un “proceso comprometido que trata de evitar la sentencia de soledad a la que son condenadas algunas personas por los ciegos accidentes de la biología”. Esta última huella en el texto, que no en la realidad, es en mi opinión la principal y recoge todo el saber adquirido en su exploración del mundo mental de las personas con autismo.

Hablar del tratamiento como un “proceso comprometido” es una nueva lección magistral, resumida en esas dos palabras, para los profesionales de la práctica. El tratamiento así considerado es una acción permanente, es una indagación constante de las claves que añadan progreso y felicidad a las vidas de las personas. Y es una indagación participante donde el profesional ha de contar no solo con el talento de su ciencia; ha de contar con su propio talante humano, que le acerque a la humanidad del otro: “La actividad terapéutica, del autismo o de cualquier otra fuente de sufrimiento humano, sólo tiene sentido desde el momento en que, en tanto que humanos, sentimos que ‘nada humano nos es ajeno’. Es esa urgencia intersubjetiva la que nos impide aceptar con indiferencia el sufrimiento humano o la soledad autista. Y, en tanto que es ella la fuente de nuestros esfuerzos y reflexiones, nos obliga a asumir que lo que queremos cambiar es la experiencia interna de la persona autista”.

De nuevo, me produce una profunda admiración la punzante sensibilidad de Ángel para con las personas con autismo. Realmente han sido para él infinitamente más que un afán erudito y científico; han sido quienes probablemente le han hecho reconocer la esencia de saberse humano, la relevancia de la comunidad humana. La calidez humana que destilan sus escritos, la profundidad de sus ideas, la riqueza expresiva de sus reflexiones estarán siempre entre nosotros, pero no deberíamos olvidar esta huella esencial que nos indica que nuestra acción profesional tiene sentido desde el compromiso humano y solidario con las personas con autismo: “Al final de lo que se trata es de promover, tanto en el medio externo como en el interno, los cambios necesarios para que la experiencia interna de las personas autistas sea lo más satisfactoria, compleja y humanamente significativa que sea posible. El lector debe notar el detalle de que no insistimos en la vieja idea conductista de que el objetivo del tratamiento es modificar simplemente las conductas externas de las personas con autismo (que son las que nos ocupan). La razón de este comentario es importante: entendemos que la terapia solo tiene sentido y función en un marco axiológico, cargado de valores, que se deriva de los sentimientos humanos de intersubjetividad y solidaridad de especie”.

¿Qué más podría añadirse a esto?.

Huellas en un manto de silencio que han hecho que se vaya disipando, que aparezca la luz de la comprensión del autismo y, esencialmente, esa otra luz cálida y humana que es la de la comprensión de las personas que tienen esta condición y el acercamiento a ellas desde el afecto sincero.